

que un hombre mortal, sujeto como nosotros al Rey de los reyes.

A fuerza de repetir estos grandes principios de todas nuestras libertades, á fuerza de morir por inculcarlos y defenderlos, estos principios prevalecieron; y Constantino el Grande enarbolando la cruz dijo al mundo: "Jesucristo debe reinar, el emperador no puede ser mas que el primer súbdito del Evangelio.

#### ENTRETENIMIENTO DIEZ.

Después de haber mostrado la bella sociedad edificada por el antiguo paganismo, será bueno, mis amigos, deciros una palabra de los pueblos contemporáneos que viven todavía bajo el imperio de falsos dioses. Esta será la mejor respuesta á una objeción que ha estado tan en boga, que algunos de vosotros tendrán ya conocimiento de ella.

Los libres pancistas que quieren que los hombres hayan salido de la tierra, nos dicen tambien que todas las religiones han salido del cerebro de los hombres: obligados á convenir en que el cristianismo vale algo mas que todas las religiones

#### ENTRETENIMIENTO DIEZ.

*Respuesta á una objeción de los pancistas progresistas. Reflexion sobre la obra de la propagacion de la fé. Una mirada sobre los progresos sociales de los chinos, de los indios y de los turcos.*

Después de haber mostrado la bella sociedad edificada por el antiguo paganismo, será bueno, mis amigos, deciros una palabra de los pueblos contemporáneos, que viven todavía bajo el imperio de falsos dioses. Esta será la mejor respuesta á una objeción que ha estado tan en boga, que algunos de vosotros tendrán ya conocimiento de ella.

Los libres pancistas, que quieren que los hombres hayan salido de la tierra, nos dicen tambien que todas las religiones han salido del cerebro de los hombres: obligados á convenir en que el cristianismo vale algo mas que todas las religiones



paganas, ved la bella esplicacion que dan de esto. La ley del progreso, dicen, ha hecho que el hombre, que probablemente no fué en su principio mas que una planta ó una ostra, se haya elevado por trasformaciones sucesivas al estado de animal terrestre montado sobre dos piés, servido por dos manos y dotado de inteligencia: esta misma ley ha querido que refinándose el espíritu humano, se haya elevado tambien de las ideas groseras y caprichosas del paganismo á las ideas mas espirituales, mas nobles y mas morales del Evangelio; pero no hay necesidad de que el hombre se pare en tan bello camino; la ley del progreso que le hace aspirar á darse un cuerpo menos débil, menos sujeto á las enfermedades y la muerte, un espíritu mas ilustrado, mas libre de las tinieblas de la ignorancia, lo lleva á buscar tambien una religion mejor, y no mas los católicos son de un entendimiento tan limitado, que ellos son los que únicamente creen su religion perfecta.

Ya lo veis, amigos míos, estas gentes esplican una necesidad por otra necesidad mas grande. ¿Será necesario que yo refute en detal la una y la otra, y segun mi método, mas por los hechos que por el discurso? Yo pido sobre esto el parecer de Mr. el instructor, rogándole me diga, si las fábulas de la filosofia del progreso han encontrado creyentes entre nosotros.

*El Instructor.*—Yo no creo que estas estrava-

gancias estén mas acreditadas en nuestros cantones, que los absurdos del ateismo, con los cuales ellas se confunden. Uno que se haya escapado del colegio podrá ir á esparcir estas hojarascas á los imbéciles que filosofan en las tabernas entre las bocanadas de humo de tabaco y de vino, y él será aplaudido, porque un zote siempre encuentra otro mas zote que lo admira.

Que los bauzanes grandes y pequeños, que no ven en nuestras ciudades mas que las obras del hombre y nuestros progresos en las artes, se imaginen que es lo mismo en las obras de la naturaleza, y que el tallo de una planta ó la concha de una ostra hayan podido ser la primer cuna de la humanidad, es tanto mas posible, cuanto que ya ha sucedido: yo he conocido por sus libros á famosos académicos de fines del siglo pasado y principios del nuestro, que no teniendo bastante fé para creer que todos nosotros salimos de la mano de Dios por Adam y Eva, se encontraban bastante crédulos para sostener seriamente, que nosotros podremos ser descendientes de una planta ó de un pez pasando por la condicion de nuestro visabuelo el puerco, y nuestro abuelo el horangutan.

Pero esta profunda filosofia no haria mas que dar que reir á nuestros campesinos: si ellos ignoran el griego y el latin, saben que la col siempre es col, y que si es fácil á un hombre, á un acadé-



mico, pensar y vivir como bestia, es imposible á la bestia pensar y vivir como hombre. No parece bien buscar en la naturaleza la ley del progreso universal, ella no existe sino en el cerebro de los ignorantes, todo degenera en nosotros, en nuestros animales y en nuestras producciones alimenticias, si no estamos allí para sostenerlos y mejorarlos con nuestro trabajo.

Las constituciones físicas se degradan y se enervan lejos de perfeccionarse, desde que se quieren hacer ídolos de nuestros cuerpos: no se renuncia á la religion, sino para caer en las bestialidades del ateísmo, y los deberes sociales dejan el lugar á las estupideces de las sectas de los comunistas; en suma, si la filosofía pancista nos hace progresar, es haciéndonos retroceder á una barbarie tal, que nunca se habia visto.

Pero me apresuro á acabar, mi señor, para no retardar lo que íbais á decirnos de los pueblos infieles de nuestros dias: esta es una materia menos desconocida á vuestros oyentes, entre los cuales, tengo gusto en decirlo, un buen número de ellos leen los "Anales de la asociación para la propagación de la fé," y por consiguiente conocen mejor el estado moral y social de los paganos modernos, que el de los de la antigüedad.

*Platon Polichinelle.*—Estoy encantado con lo que acabáis de decirme, mi señor, y ahora encuentro la razon de la grande facilidad con que se

comprenden aquí las verdades religiosas, cuando sé que tengo el honor de hablar á un pueblo de apóstoles: tal es el glorioso título que merecen los miembros de la asociación para la propagación de la fé; socorriendo con sus oraciones y sus limosnas á nuestros misioneros, tienen parte en los trabajos y en la corona de estos mensajeros del cielo y bienhechores de la humanidad. Aquel que nada promete sino lo que cumple, ha dicho: "El que recibe al profeta como profeta, y le ayuda, recibirá la recompensa de profeta."<sup>1</sup>

Se habla hoy mucho de fraternidad universal; pero cómo establecer esta fraternidad, y hacerla creer á esos pueblos bárbaros, si nuestros misioneros no les enseñan que los hombres son hijos de un mismo Dios, salidos del seno de una misma madre, rescatados con la sangre del Hombre-Dios? Se habla de libertad, de igualdad, de progreso; pero, ¿qué pueden estas palabras sobre los idólatras del Asia, de la Africa, de la Oceanía, mientras que el sacerdote no haya dicho á estos ciegos paralíticos: "En el nombre de Jesucristo, abrid los ojos, levantaos y marchad?"

En medio de las maniobras infernales que empujan el bajel de la Europa sobre el escollo de la muerte, se nos ha dado la obra de la propagación de la fé como nuestra última áncora de salvación.

<sup>1</sup> S. Mateo, cap. 10, v. 41.



La Francia, de la que ella es una sublime inspiracion, le debe, yo estoy convencido de esto, los grandes prodigios de misericordia de que ella vive hace muchos años.

Católicos de todos los paises, tibios ó fervorosos, alistémonos todos en este divino trabajo de la redencion universal, y por pobres que seamos, no nos hará falta el corto tributo de cinco céntimos por semana y de una corta oracion diaria por salvar á setecientos millones de nuestros hermanos. Paisanos honrados y trabajadores, á quienes parecerá gravosa esta contribucion anual de cincuenta y dos sueldos, dejad una vez al año de ir á la taberna, y así encontraréis mejor á vuestra familia, y el dia en que los mismos santos temblaran, encontraréis un grande consuelo. Escrito está: la caridad cubre la multitud de los pecados. Cooperar á la salud espiritual y temporal de tantos desgraciados, ¿no es la caridad de las caridades? Después de estas palabras de recomendacion que yo debía á la obra católica por excelencia, y al deseo que tengo de veros á todos asociados á ella, digamos, amigos míos, alguna cosa de los paganos actuales, y de los bellos progresos que han hecho en la religion y en mejoras sociales.

Puesto que muchos de vosotros leen los Anales de la propagacion de la fé, que son á mi juicio

de S. Pedro, cap. 4.º v. 8.º

DEL PUEBLO.

Lo mas curioso é interesante de las publicaciones de nuestra prensa, ellos podrán decirnos en qué estado de embrutecimiento, de corrupcion asquerosa, de miseria estremada, encontraron nuestros misioneros hace quince años á los insulares de la Oceanía, á pesar de estar dotados de mucha inteligencia, y viviendo la mayor parte sobre el suelo mas fértil que hay en el mundo: ellos podrán hablar tambien del gusto de estos hijos de la razon y de la naturaleza, por lo que ellos llaman el alimento de los dioses, es decir, por la carne humana, cocida al horno ó chorreando sangre. Este gusto era tal antes de la llegada de nuestros sacerdotes, que no era una cosa rara que un marido echara al horno á su mujer para regalar á sus amigos; en las islas Wallis y de Trituna, habitadas hoy por cristianos angelicales, apenas hace treinta años, que un reyezuelo que gobernaba algunos millares de insulares, hacia servir á la vez sobre su mesa, hasta catorce cuerpos humanos, unos asados, otros vivos, á fin de que hubiera en ella para todos los gustos: os llenais de horror, yo tambien; pero esto no quita que hayamos de reconocer en este monstruo un libre pancista.

Como yo no quiero que se me acuse de ir á buscar mis pruebas ni muy lejos ni muy cerca, dejemos á los antropófagos de la Oceanía y echemos una mirada sobre los dos pueblos mas antiguos y mas cultivados del Asia, los chinos y los



del Indostan. Ya os he dicho algo de sus ideas religiosas, hablemos ahora de su estado social.

En China los hombres no comen carne humana; pero es muy ordinario que los padres echen á los hijos recién nacidos á los perros y á los puercos que inundan la ciudad. Los misioneros jesuitas de Pekin habian escrito en el último siglo, que habian contado en menos de tres años nueve mil setecientos dos niños echados así en las calles de la capital: se tuvo esto por muy exagerado en atención que Voltaire, que era entonces el evangelio de la Francia, afirmaba que los chinos, á quienes jamas habia visto, eran mucho mas hermanos y civilizados que los cristianos de Europa; pero ved aquí que un filósofo y viajero inglés, en una obra intitulada: "Investigaciones filosóficas sobre los chinos," creyó poder afirmar que los jesuitas, lejos de decir mucho, no habian dicho bastante: él sostenia que computando los niños que las parteras sofocan en un baño de agua caliente por una paga que se les da, los que se echan á la ribera, despues de haberlos atado á la espalda una calabaza vacía, los que los carros, los barrenderos, llevan todas las mañanas al muladar, los que los puercos y los perros devoran por las noches, los que son hechos pedazos bajo los piés de los caballos y mulas, los que se echan á los canales, no habria exageracion haciendo subir á treinta mil el número anual de los infanticidios en Pekin. Las rela-

ciones de nuestros actuales misioneros confirman que en la China, como en todas partes, la capital da el tono á las provincias. Observad que estas innumerables víctimas casi todos son varones, porque con las mujeres, los chinos que estiman el oro mas que á su vida, se hace un grande comercio con los turcos, que las compran para poblar con ellas sus serrallos.

Estos horrores son los que han inspirado á un obispo frances (Mr. Forbin de Fauson) la fundación de la obra de la Santa Infancia, para el rescate de niños infieles en China y en otros países idólatras, tierna asociacion formada de nuestros niños, desde su tierna edad hasta la primera comunión, y cuya cuotizacion es de cinco céntimos por mes. Muchos de vosotros, amigos míos, podrian hacer entrar á sus hijos, y creo que estos doce sueldos por año, puestos sobre el banco de la caridad católica, serian una grande especulacion para el tiempo y para la eternidad.

Aquí teneis la sociedad doméstica en China: en cuanto á la sociedad civil y política, ella se compone de tres clases: 1ª, los hijos del cielo, ó sea de los emperadores, ídolo encerrado en su palacio y que pudiéndolo todo, nada sabe, ni hace nada: 2ª, de un mundo infinito de grandes y pequeños mandarines civiles y militares, incomparables en el arte de vender la justicia y de roer las rentas del Estado y de los particulares: 3ª, de un pueblo